

RICARDO PIGLIA

TRECE
PRÓLOGOS



CENTZONTLE

RICARDO PIGLIA

TRECE PRÓLOGOS

Prólogo de
ANÍBAL JARKOWSKI



CENTZONTLE
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2024

Piglia, Ricardo

Trece prólogos / Ricardo Piglia ; Prólogo de Aníbal Jarkowski. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2024.

110 p. ; 11 × 17 cm. - (Centzontle)

ISBN 978-987-719-468-5

1. Literatura Argentina. 2. Crítica de la Literatura Argentina. I. Jarkowski, Aníbal, prólog. II. Título.

CDD A860

Distribución en América Latina

© Herederos de Ricardo Piglia
Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.

D.R. © 2024, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com

Armado de tapa: Rafael Medel y López
Diagramación de interior: Rafael Medel y López
Corrección: Ada Solari
Edición al cuidado de Fabiana Blanco

ISBN: 978-987-719-468-5

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

El presente volumen reúne los trece prólogos escritos por Ricardo Piglia para la colección de literatura argentina “Serie del Recienvenido”, que dirigió entre los años 2011 y 2015, y publicó el Fondo de Cultura Económica.

La Serie del Recienvenido propone al lector grandes obras de la literatura argentina de las últimas décadas del siglo xx. En un sentido, estos libros han anticipado —o promovido— temas y formas que tienen un lugar destacado en la narrativa contemporánea. Siempre recién venidos, los títulos de la colección están en diálogo y en sincronía con las propuestas más novedosas de la literatura actual.

Índice



- Prólogo a los prólogos
de la Serie del Recienvenido,
por Aníbal Jarkowski ❖ 9*
- En breve cárcel, de Sylvia Molloy ❖ 25*
- Nanina, de Germán García ❖ 31*
- Oldsmobile 1962, de Ana Basualdo ❖ 37*
- El mal menor, de C.E. Feiling ❖ 43*
- Minga!, de Jorge Di Paola ❖ 51*
- Hombre en la orilla, de Miguel Briante ❖ 57*
- La educación sentimental de la señorita Sonia,
de Susana Constante ❖ 63*
- Gente que baila, de Norberto Soares ❖ 69*

La muerte baja en el ascensor, <i>de María Angélica Bosco</i> ❖	77
¡Cavernícolas!, <i>de Héctor Libertella</i> ❖	83
Río de las congojas, <i>de Libertad Demitrópulos</i> ❖	91
Vudú urbano, <i>de Edgardo Cozarinsky</i> ❖	97
Cuentos completos, <i>de Ezequiel Martínez Estrada</i> ❖	103

Prólogo a los prólogos de la Serie del Recienvenido



Cuando hacia 2011 comenzó a componer la Serie del Recienvenido, esto es, a elegir los libros que la integrarían y escribir los prólogos a cada uno de ellos, Ricardo Piglia regresaba a un trabajo que conocía bien y en el que se había iniciado más de cuarenta años antes, cuando renunció a su cargo docente en la carrera de Historia en razón del golpe militar que, en 1966, derrocó al gobierno del presidente Arturo Illia y, entre otras violentas intromisiones en la vida de la sociedad argentina, dispuso la intervención de la Universidad Nacional de La Plata.

Piglia se mudó entonces a Buenos Aires y el primer trabajo regular que consiguió fue en la editorial de Jorge Álvarez, donde se ocupó de la redacción de informes de lectura, la creación y dirección de colecciones de libros y la composición de antologías. Tenía por entonces poco más de 25 años.

Entre finales de esa década y principios de la siguiente hizo trabajos similares para la editorial Tiempo Contemporáneo, creada también por Álvarez, y dirigió colecciones como Serie Negra, Trabajo Crítico, Números y Ficciones. A la par, formaba parte del consejo de dirección de la revista *Los Libros*, donde publicó artículos teóricos y críticos, y escribió los relatos que integraron *La invasión* y, más tarde, *Nombre falso*.

Muchos años después, cuando prepare la edición de *Los diarios de Emilio Renzi*, distinguirá el tomo correspondiente a esta época de su vida con el nombre de *Los años felices*.

Más allá de que Piglia premeditara, a conciencia y desde el momento mismo de atribuirlos a Emilio Renzi, que esos *Diarios* fueran, a la vez, confiables y sospechosos, literales e incompletos, prístinos y opacos como documento autobiográfico, tan significativa como esa premeditación fue la decisión de fijar en relieve la dimensión material del trabajo de componer y dirigir las colecciones de libros, ya fuera en relación con la dedicación de tiempo y esfuerzo —“leo veinte novelas para elegir tres”— como en lo que correspondía a la retribución en dinero —“cobré tres mil pesos y cheques a cobrar la semana siguiente”; “hoy cobré veinte mil pesos en lo de Jorge Álvarez con lo que podré sobrevivir con

cierta seguridad y sin sobresaltos”; “con la editorial Tiempo Contemporáneo cerré por cincuenta mil por la Serie Negra”—; se trata de una insistencia propia de quien vive de vender su trabajo y donde la continuidad del ingreso depende, al fin, de una corazonada al elegir los libros que integrarán la colección.

En una de las entradas de los *Diarios*, fechada el miércoles 13 de mayo de 1970, Piglia dejó constancia del sentido que le asignaba a su hábito de hacer listas. “Las listas siempre me han tranquilizado, como si al anotarlas me olvidara del mundo.”

Apenas después de esa entrada, para la anotación del lunes 19 de mayo optó por un desdoblamiento gramatical para escribir sobre sí mismo.

Cuando pierde el control hace la experiencia de la locura. Todo se desmorona, vive en el aire, en la contingencia pura, problemas de dinero, duerme demasiado, el tiempo no le alcanza para hacer lo que se acumula día tras día, se aferra a momentos aislados, como el interno que se aleja del manicomio para dar una vuelta a la manzana.

La cercanía de esas dos entradas, en exacta sincronía con el trabajo de dirigir distintas colecciones, deja pensar en las listas de títulos bajo otra luz; ya no solo como la principal fuente de ingresos durante aquel

tiempo, sino además como una forma de recuperar el control; un conjuro que pusiese orden en el caos de los autores, los libros, los géneros; un principio de orientación para los lectores y, a la vez, una manera de afirmación personal de las ideas de aquel joven devenido compositor de listas, como había ocurrido con Jorge Luis Borges décadas antes.

Las colecciones de libros se apoyan en una ilusión cuantitativa; disuelven lo particular de cada obra en un imaginario conjunto que la reúne con otras a partir de alguna coincidencia primordial. Sobreentienden una concepción de la literatura que admite que cada libro es diferente, y eso lo justifica, aunque no tan diferente como para que no se lo pueda integrar a un conjunto de iguales.

La manera más frecuente de armar colecciones, la más cómoda, o la más tímida, o la más perezosa, consiste en afianzar conjuntos ya consolidados y en buena medida previsibles. Piglia, en cambio, desde sus primeros trabajos como director de colecciones, optó por una manera alternativa, heterodoxa, que hacía ver sus discrepancias con colecciones preexistentes, como también hizo Borges en las oportunidades en que dirigió colecciones y compuso antologías, proyectando en esos trabajos novedades, polémicas y una cualidad

creativa equivalente a la que empleaba en el acto de escribir su propia obra.

Así, por ejemplo, en uno de los trabajos iniciales para Jorge Álvarez, Piglia planeó una “colección de clásicos” cuyos primeros títulos serían *Memorias del subsuelo*, *Robinson Crusoe* y *Bouvard y Pécuchet*, acompañados, respectivamente, por textos de George Steiner, James Joyce y Raymond Queneau que harían las veces de prólogos.

Si bien ese proyecto no alcanzó un desarrollo orgánico, la lista inicial deja ver la voluntad de desvíos respecto de las expectativas convencionales ante el anuncio de una colección llamada Clásicos de Nuestro Tiempo. Los libros elegidos de Fiódor Dostoievski y Gustave Flaubert eran —y aún lo son— laterales en relación con sus obras más celebradas; el de Daniel Defoe tenía la virtud de aparecer en su versión completa, en dos tomos y con la traducción de Julio Cortázar, apartándolo de otras ediciones, parciales o drásticamente abreviadas y simplificadas para orientarlas al público infantil. Y los mismos textos prologales componían una audaz serie paralela que proponía a los lectores perspectivas teóricas y críticas novedosas y sofisticadas.

Un segundo ejemplo, también de los comienzos, resulta de una colección organizada en función de un géne-

ro y que, con sus 21 volúmenes publicados, no solo conoció el éxito comercial sino que, además, consiguió un interés crítico que se extendió en el tiempo y llega hasta hoy.

Si bien la literatura policial contaba con largos y variados antecedentes en el mercado editorial argentino, como la colección Séptimo Círculo de Emecé, que Borges y Adolfo Bioy Casares dirigieron entre 1945 y 1956, y otras no menos cuantiosas y muy populares, como Serie Naranja y Evasión de la editorial Hachette o Rastros y Pistas de Acme Agency, la Serie Negra compuesta por Piglia a partir de 1969 fue resultado de una notable elaboración intelectual que distinguía, y valoraba, una línea de la literatura policial, primordialmente norteamericana, que se apartaba de las novelas de enigma de la tradición inglesa, para mostrar diferencias estéticas, narrativas, ideológicas y hasta morales.

Como parte de ese espíritu disidente, Piglia tomó, además, la drástica decisión de que en las traducciones de la Serie Negra ingresaran jirones de léxico y de entonación propios del español rioplatense, incluida la jerga de los bajos fondos, lo que permitió que una línea de *Luces de Hollywood*, de Horace McCoy, apareciera en la traducción de Rodolfo Walsh como: “Lo que quiero no son las gracias, sino que me devuelvas la guita”.

El prólogo a *En breve cárcel*, fechado en noviembre de 2011, es el comienzo de la Serie del Recienvenido, cuyo nombre, de manera explícita, refiere a la obra de Macedonio Fernández, y en particular a una categoría —*la recienvenidez*— que señala un tipo de marginalidad, de desajuste, en la llegada de algo nuevo a un orden ya establecido y acomodado a costumbres, prácticas, formas y valores que insisten en permanecer. La serie compuesta por Piglia se asocia y vindica ese desajuste en la medida en que los libros que la integran, aunque “publicados en otra época”, conservan su novedad de origen “como si se hubieran conectado con el presente”.

El nombre de la serie, por otro lado, es reminiscente de aquella temprana Serie Negra, de modo que la nueva lista supuso un regreso de Piglia a los comienzos juveniles de su trabajo intelectual y, a la vez, una suerte de cierre de su obra, equivalente a la que, por los mismos días, implicaba la composición de la *Antología personal*, publicada en 2014, y la preparación de los tres volúmenes de *Los diarios de Emilio Renzi*, publicados a partir de 2015.

Más allá del aire de cierre que cargaba, el retorno a la preferencia por la palabra “serie” era también significativo en otra dirección porque, a diferencia de “colección”, que connota la idea de conjuntos completos, “serie” indica que la lista queda potencialmente

abierta para la admisión de nuevos libros que, ya escritos o por escribir, porten la singular cualidad de ser macedonianamente *recienvenidos*.

A diferencia del criterio que había aplicado para la composición de la Serie Negra, los libros que integraron la Serie del Recienvenido no pertenecían a un mismo género; tampoco los reunía una coincidencia temática, estética ni ideológica, sino que la nueva serie resultó de la aplicación del gusto personal de Piglia y el reconocimiento de específicas cualidades en cada uno de ellos —“su figura mayor es la narradora: su voz es una música que modula los actos y los pensamientos”; “las sutiles irrupciones de este inesperado comentarista son una creativa inversión del discurso indirecto libre”; “son relatos de pocas páginas pero tienden a expandirse y han sido escritos como si fueran novelas”; “su estilo consiste en buscar un acontecimiento cotidiano, un detalle casual o una metáfora común y transformarlos en un universo denso e imposible”—. Se trata de libros muy diferentes entre sí, apenas emparejados por el hecho de que fueron escritos por autoras y autores argentinos y publicados por primera vez en la segunda mitad del siglo xx.

Esa relación personal con cada libro es una marca esencial de la Serie del Recienvenido; se manifiesta,

desde ya, en la elección misma del libro y su integración al conjunto, pero también se inscribe materialmente en los prólogos, como ocurre con el insistente recurso a una categoría que, a la vez que imprecisa, resulta familiar para cualquier lector y de las más adecuadas para nombrar el efecto de un libro, como lo es la calificación de *inolvidable*.

Siendo libros diversos en sus formas, sus estilos, sus temas, sus historias, sus géneros, la memoria de Piglia los reúne —“lectura inolvidable”, “historias inolvidables”, “protagonistas inolvidables”, “novela memorable”—, y cada prólogo es el razonamiento y la descripción de las cualidades que hicieron que el libro permaneciera en la memoria mucho tiempo después de haber sido leído por primera vez, incluyendo, en ocasiones, las circunstancias mismas que acompañaron la lectura, como cuando Piglia recuerda que leyó la novela de Sylvia Molloy “en un viaje a Entre Ríos” y, “capturado por la voz que narraba la historia”, estuvo a punto de perder el ómnibus; o que conoció los relatos de *Hombre en la orilla* “mientras Briante los estaba escribiendo”.

En el mismo sentido es frecuentísimo el recurso de Piglia de marcar los prólogos con verbos y formas pronominales de la primera persona, sea para referirse a sí mismo —“leí”, “seguí leyendo”, “estoy leyendo”,

“recuerdo muy bien”—, a su vínculo con algunos de los autores —“nos veíamos”, “nos encontrábamos”, “imaginábamos”, “nuestras conversaciones”, “nuestros libros”—, o a experiencias compartidas con los lectores —“percibimos”, “recordamos”, “nos convencemos”—.

En esta dirección, uno de los rasgos más notorios de la Serie del Recienvenido es la relación personal, e incluso afectiva, de Piglia con los libros que la integran —“editar ahora su extraordinario primer libro es, entre otras cosas, un modo de evocar la época en la que éramos inéditos, ambiciosos y apasionados”—, lo que acaso se correspondiera con la lectura que hacía de sus cuadernos personales con vistas a la edición de los *Diarios*.

La reunión de los prólogos de la Serie del Recienvenido funciona como un breviario, un compendio de ideas sobre temas a los que Piglia dedicó una atención tan extensa como intensa: las estrategias que sigue una narración —“Ese modo de narrar viene de Faulkner (o mejor, de la manera de narrar que Faulkner aprendió de Conrad)”—, la estructura que sostiene el desarrollo de un relato —“Esos cruces —esos descubrimientos— van definiendo la estructura de la novela, sus virajes y sus cambios de tono”—, la naturaleza de la ficción —“En la ficción, el poder de un objeto depende de su capacidad de

distorsionar la realidad”—, la lógica interna de los géneros —“mientras la alta literatura se define como una creación que no tiene límites, los géneros trabajan a partir de convenciones y modos de narrar más o menos fijos que se repiten y se alternan”—, o la significación de las óperas primas —“son un género en sí mismo”—.

Coincidiendo una vez más con Borges, en cuanto a que “lo más importante de un autor es su entonación, lo más importante es la voz del autor, esa voz que llega a nosotros”, al describir particularidades de distintos libros Piglia caracteriza su tono, que a veces define como el tipo de relación que el narrador establece con la historia que cuenta y en otras ocasiones como la “música verbal” del texto, “la cadencia y el fraseo”, o un efecto que nace “de la sintaxis, de los silencios y las pausas” y configura la identidad esencial de una prosa.

Ahora reunidos, los prólogos dejan ver, como pequeñas réplicas en abismo, el hábito mental que dio origen al conjunto mismo de la serie, al componer miniaturas de listas en función de los más variados patrones de organización.

Así, por ejemplo, el libro de Ana Basualdo se une tanto a otros de Ernest Hemingway y Guillermo Cabrera Infante por tratarse de cuentos “pensados deliberadamente como un conjunto”, como a los de Antonio Di Benedetto y Juan Rulfo si, en cambio, se atiende, a la

“unidad de su tono lírico”, o incluso a los de James Joyce, Sherwood Anderson, Mario Benedetti y Miguel Briante si se elige la coincidencia de libros de cuentos “centrados en una ciudad”.

En otros casos, las series son temáticas —novelas que “reconstruyen imaginariamente la conquista española del Río de la Plata”—, genéricas —“nuestras novelas de educación”—, distinguen un procedimiento común —“una sucesión irónica de catástrofes, grotescas y un poco cómicas”— o esbozan una lista posible de “autores sin obra”.

Son, en todos los casos, series abiertas, disponibles para que los lectores y lectoras de los prólogos las extiendan.

El último libro de la Serie del Recienvenido, muy significativamente, es el volumen que contiene los *Cuentos completos* de Ezequiel Martínez Estrada, el primer escritor al que Piglia conoció en persona, experiencia que es muy raro se olvide y que, al contrario, muchos escritores y escritoras convierten en escena primordial de su destino literario.

En el prólogo Piglia desarrolla el recuerdo de ese encuentro, del que ofreció al menos otras dos versiones; una en 1982, al responder en una encuesta a la pregunta acerca de sus comienzos, y otra en el primer

volumen de *Los diarios de Emilio Renzi*. Las tres versiones, desde ya, coinciden en lo esencial, aunque cada una se carga con distintos pormenores, como si la memoria de Piglia, en lugar de empobrecerse, con el paso del tiempo se enriqueciera con detalles, significados y perfiles donados por la imaginación antes que por la memoria.

Piglia fechó el prólogo a los *Cuentos completos* en marzo de 2015, por los mismos días en que preparaba la edición de los *Diarios*, de manera que, al revisar los cuadernos originales, debió reencontrarse con numerosas y ya remotas anotaciones que hacían referencia a Martínez Estrada, entre las que decidió conservar algunas en el volumen *Años de formación*.

En una de las entradas escribe: “Siguen los actos y conflictos. [...] Estábamos marchando por calle 7 cuando de pronto nos atacó la policía. Gases, bombas molotov. ‘Los gobiernos pasan y la policía queda’, como dijo Martínez Estrada”.

En otra registra:

Leo un artículo de Martínez Estrada en la revista *Sur*. Habla de invariantes históricos que se repiten en el tiempo. Por ejemplo, considera la violación de la india, de la muchacha nativa, por el español, el conquistador analfabeto. Encuentra la figura de la violación como una clave

persistente. ¿Se podrán descubrir invariantes históricos en la vida personal?

Hay una serie de entradas, correspondientes a 1960, que se refieren a una monografía que Piglia, que ese año había ingresado a la carrera de Historia en la Universidad Nacional de La Plata, escribió como trabajo final de un seminario y cuyo tema fueron, precisamente, los cuentos de Martínez Estrada, a quien había conocido en Mar del Plata el año anterior.

La entrada del 8 de agosto dice: “Estoy asombrado, la profesora de Introducción a la Literatura dijo en clase que mi trabajo sobre Martínez Estrada era lo mejor que había leído desde que está en la Facultad. La van a publicar en la revista de Humanidades”.

Y algunos días después escribe: “La profesora Blanco vuelve a elogiar mi monografía sobre Martínez Estrada. ‘Agudeza, finura y estilo.’ Por poco me entierro bajo los bancos”.

Al menos por ahora el contenido de esa monografía es desconocido; sin embargo, en esas anotaciones personales, en el asombro del principiante, en el anuncio de que, por primera vez, podrá ver publicado un texto con su nombre, en la vergüenza ante el reconocimiento de sus méritos por parte de la profesora, se desliza que, de alguna manera, el encuentro con Mar-

tínez Estrada terminaba de completarse y Piglia podía vislumbrar la posibilidad de convertirse, también él, en escritor.

Ese vínculo de Piglia con la obra y la figura intelectual de Martínez Estrada se extendería a lo largo de los años, como lo muestran las sucesivas reelaboraciones de aquel encuentro inicial, o la decisión de incluir los *Cuentos completos* en la serie para rescatarlos de “su lugar secundario —y casi invisible— en la narrativa argentina actual”, donde solo las novelas de Gustavo Ferreyra, con la misma intensidad, también “acumulan bíblicamente desgracias y desdichas” y convierten “lo trivial, por acumulación y expansión, en algo extraordinario”.

Otra muy significativa manifestación del vínculo se encuentra tramada en la forma y el sentido de la primera novela de Piglia, *Respiración artificial*, que, en cierta manera, es una realización invertida de los ensayos de Martínez Estrada; si esos ensayos recurrían a “figuras narrativas” propias de la ficción —“construye una galería de fantasmas que lo ayudan a ordenar y a clarificar la experiencia histórica”—, la novela de Piglia, al revés, dio espacio a exposiciones razonadas, propias del ensayo, en el desarrollo de la historia.

Por lo demás, hay unas líneas de *Respiración artificial* que condensan una valoración no solo de la obra

de Martínez Estrada, sino también de su figura de intelectual crítico.

En los años de mayor horror de la última dictadura militar —sostenida en una fuerza represiva criminal y el colaboracionismo de empresarios, economistas, miembros de la iglesia, periodistas e intelectuales—, Piglia hace que en una de las cartas Emilio Renzi le explique a su tío cómo podrá reconocerlo cuando baje del tren en la estación de Concordia: “Soy más bien bajo, pelo crespo, uso anteojos, llevaré un bolso de lona y en la otra mano (en la que me quede libre) un libro de tapas negras, firme contra mi pecho: serán los *Cuentos completos* de Martínez Estrada que acabo de comprar para leer en el viaje”.

ANÍBAL JARKOWSKI

Trece prólogos, de Ricardo Piglia, se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2024, en Talleres Gráficos Elías Porter, Plaza 1202, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
La tirada fue de 2.000 ejemplares.

TRECE PRÓLOGOS

El presente volumen reúne los trece prólogos escritos por Ricardo Piglia para la Serie del Recienvenido, que dirigió entre los años 2011 y 2015, y publicó el Fondo de Cultura Económica.

“Los libros que integraron la serie no pertenecían a un mismo género; tampoco los reunía una coincidencia temática, estética ni ideológica, sino que resultó de la aplicación del gusto personal de Piglia. [...] Se trata de libros apenas emparejados por el hecho de que fueron escritos por autoras y autores argentinos y publicados por primera vez en la segunda mitad del siglo xx. [...] Siendo libros diversos en sus formas, sus estilos, sus temas, sus historias, sus géneros, la memoria de Piglia los reúne”.

Del prólogo de ANÍBAL JARKOWSKY

ISBN: 978-607-16-1650-0